

ESA MUJER

María Laura de Arriba

LA FICCIÓN Y LA HISTORIA

Al intentar dar cuenta de las particularidades y especificidades que definen, por una parte, al discurso histórico y, por otra, al discurso de la ficción, surgen inmediatamente las dificultades y limitaciones que tal propósito entraña. Una distinción tradicional establece una delimitación de estos campos oponiendo lo *verídico* (Historia) a lo *verosímil* (Ficción). En consecuencia, la narración de hechos reales y su correspondiente contrato de veridicción es propio de la historia y la narración de hechos imaginarios, que implica un contrato de verosimilitud, determina el territorio de la ficción. Sin embargo tal distinción no se mantiene cuando consideramos la dimensión discursiva de estas categorías por cuanto en ambas hay *relato*, es decir, una formación significativa narrativa y, en los dos casos, una voluntad interpretativa e ideológica que se construye como una política de interpretación, según términos de Hayden White, que entrará inmediatamente en conflicto con otras interpretaciones en el espacio simbólico de la polis, lugar donde polemizan los diferentes sistemas de representación que una sociedad erige sobre sí misma.

Jorge Lozano refiere la pretensión de verdad que todo texto historiográfico conlleva a diferencia del texto ficcional que es renuente a tal exigencia y sugiere la posibilidad de aproximarnos a una distinción entre ambos desde la perspectiva de la enunciación. Esto último había sido ya considerado por Benveniste al destacar la intencionalidad del sujeto de la enunciación y al proponer la oposición «historia/discurso». Benveniste caracteriza la narración histórica como un género de enunciación que excluye la primera persona, el interlocutor y los déicticos temporales y locativos; la enunciación es impersonal, los acontecimientos aparentan ser contados por sí mismos, para producir un efec-

to de objetivación y de referencialización que se conoce con el nombre de «ilusión/referencia». En este tipo de enunciación Roland Barthes destaca la ausencia de signos de destinación. Por el contrario, la enunciación discursiva hace intervenir el *yo*, el *tú* y el *aquí y ahora* de hechos, objetos y acontecimientos. Cada uno de estos modos incluiría otros pero, salvo en las condiciones de *laboratorio* descritas por la lingüística, no encontramos formas puras de *histoire* y de *discours*. Los textos se ocupan puntual y permanentemente de impugnar estas clasificaciones puesto que en ellos encontramos la alternancia de los dos tipos de enunciaciones recortadas por Benveniste. El paso de una a otra constituye lo que Jakobson denomina «*shifting*» (conmutación) y Greimas redefine con los términos de «*ambrayage*» (paso del enunciado a la enunciación) y «*debrayage*» (paso de la enunciación al enunciado). Finalmente podemos agregar que los procedimientos que provocan efectos de subjetivización, es decir, aquellos que incorporan lo discursivo al campo de lo histórico se conocen con el nombre de modalizaciones.

Es importante recordar, aunque a estas alturas de la teoría crítica parezca obvio, que en el discurso no exista la verdad de los hechos como representación de una verdad anterior, sino una *verdad discursiva* construida con un efecto de sentido. En consecuencia, tanto el enmascaramiento del sujeto de la enunciación como la obturación de las marcas de subjetividad, constituyen una estrategia retórica (estrategia de veridicción) que implica no un ser verdadero sino un parecer verdadero. Greimas subordina el concepto de verdad al concepto de eficacia, en virtud del cual la producción de una verdad como constructor verbal dependerá no de la verdad como referente exterior sino de la eficacia de la retórica, como procedimiento de persuasión, para producirla.

En sus estudios sobre el discurso histórico Barthes enfatiza que tanto el «*shifter*» (enlace) de escucha como el «*shifter*» de organización y las unidades de contenido, propios del enunciado histórico, están presentes también en los textos de ficción. El mismo Barthes alude a la declinación de la ciencia histórica actual que se detiene más en las estructuras que en la cronología y este cambio ideológico determina que el signo de la historia ya no sea lo real sino lo inteligible.

La declinación de la ciencia histórica, tal como la concebía el siglo XIX, tiene que ver con la expansión de la lingüística y de la teoría crítica y con la incorporación de los nuevos sistemas epistemológicos como el marxismo y el psicoanálisis. En este punto no podemos dejar de mencionar los valiosos aportes de Michel Foucault quien, siguiendo una herencia nietzscheana, introdujo, resignificándolo, el concepto de «*episteme*» propio de cada época que determina una voluntad de verdad (saber) y su correspondiente voluntad de poder.

La historiografía, por su parte, ha terminado por aceptar, no sin reticencias, que la historia es una práctica social y uno más de los tantos discursos que conviven en el entramado polifónico de la discursividad social.

El lugar de la enunciación, al que se recurre para diferenciar la historia de la ficción, hace agua cuando consideramos el carácter imaginario de todo lugar de enunciación y de todo sujeto, como lo ha demostrado suficientemente el psicoanálisis. Pero esa construcción imaginaria no deja de producir efectos íntimamente ligados a la interpretación histórica, en la que intervienen mecanismos opuestos pero complementarios: el recuerdo y el olvido que constituyen la memoria. Estos efectos que conjugan la memoria y la interpretación histórica no son otra cosa que producción de sentido.

Podemos concluir este excursus afirmando que no existen delimitaciones precisas ni determinadas especificidades que permitan oponer el discurso histórico y el discurso ficcional. Estamos en presencia de discursividades fronterizas que coexisten y se entrecruzan en el espacio de los textos, construyendo zonas en las que conviven lo literario, lo histórico, lo político y en las que se ponen en funcionamiento continuas operaciones de interdiscursividad. Estos cruces discursivos, por su parte, son constitutivos de la tradición literaria latinoamericana, lugar donde abundan las textualidades híbridas, heterogéneas, fronterizas y sincréticas.

LA NOVELA HISTÓRICA

La crítica ha observado y comentado el fenómeno del florecimiento o nuevo auge de este género, al que había creído agotado, a partir especialmente de las producciones de los años 80. La explicación que adjudica a la conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América el renacimiento del género es insuficiente para dar cuenta del fenómeno en su totalidad. Si bien las estrategias del mercado son un componente importante en la aparición de ciertos fenómenos culturales y, de hecho, muchas novelas del período fueron escritas para ser presentadas en algún certamen conmemorativo de los quinientos años, esta explicación no agota los movimientos de un imaginario que reclama y consagra con especial énfasis esta particular tipología narrativa que ya alguna crítica ha dado en llamar *nueva novela histórica*, para diferenciarla de sus predecesoras.

Curiosamente es la ficción, mucho más que el discurso historiográfico, el camino elegido por las prácticas hermenéuticas para interpretar el pasado e instaurar analogías entre éste y el tiempo presente. Esto da lugar, en el campo de la narrativa contemporánea, a la aparición de un corpus vigoroso de novelas a las que, por su gesto de impugnación, podemos llamar *novelas deconstruc-*

tivas. Ellas refieren un saber, pero se trata de un saber que no preexiste a la narración sino que se construye junto con ella, a diferencia del relato clásico en donde el saber, aun el imaginario, es siempre anterior. Por otra parte, estas novelas que transforman hacia atrás la versión canónica de los hechos históricos, legitiman su gesto precisamente en la ostentación del estatuto de la ficción y de la interpretación de la historia. Es ese estatuto de ficcionalización el que autoriza las estrategias narrativas desacralizadoras: polifonía, carnavalización, juego intertextual, ironía, citas apócrifas y anacronismos que caracterizan la novela contemporánea.

Entre los procedimientos a que la ficción hecha mano para su constitución se encuentra el de la construcción del personaje. Este se presenta todavía como un problema para la narratología actual, dado que tendemos a asimilarlo e identificarlo como persona, olvidando su estatuto ficcional, hecho que intensifica aún más en el caso de los personajes históricos por la fuerte presencia del referente y las exigencias del mundo real. Le correspondería al narrador, en consecuencia, preservar el modelo codificado por la cultura o transgredirlo a partir de nuevas versiones que enriquezcan y/o desacralicen dicho modelo. Pero suele ocurrir, a veces, que las subversiones, inversiones o perversiones de ciertos personajes históricos se agotan en el mero gesto de la impugnación, encallan en ciertos clichés que no por ancilares dejan de provenir del canon, aunque sea de la letra menuda y de los chismes de la historia, y no aportan gran cosa al abanico de las significaciones.

Es éste el caso de Manuela Sáenz que ha cristalizado en cierta narrativa histórica reciente como un estereotipo de masculinidad, amante desaforada y propensión natural al escándalo, como si la grandeza y la fuerza de esta mujer del XIX que había internalizado profundamente el ideal emancipatorio del siglo, todavía les resultaran excesivas a los hombres de fines del siglo posterior.

DENZIL ROMERO: *LA ESPOSA DEL DOCTOR THORNE*

Esta novela, cuya edición corresponde al año 1988, fue la ganadora del *X Premio La sonrisa vertical*, *Colección de Erótica* dirigida por Luis Berlanga y, a juzgar por lo desarticulado de su escritura, parece haber sido escrita al solo efecto de presentarse al certamen erótico de marras. Nada más alejado de la aristocracia del erotismo que este texto desmañado, cuya acción avanza a través de las cópulas incesantes de Manuela. Si Nicolás Rosa habla de thanatografía al caracterizar la biografía, aquí, parafrascándolo, podríamos hablar de escatografía o de abyectografía.

La célebre quiteña es presentada por medio de imágenes desaforadas: es viril, ninfómana, amazónica, estéril, viciosa, de una sexualidad salvaje e impo-

sible, promiscua, capaz de las abyecciones más perversas, entre éstas el incesto.

La hipérbole es el recurso más usado para referir sus hazañas sexuales que incluyen a todos los frailes de Quito y aun a los de las poblaciones vecinas, a todos los marineros que llegan al puerto de Guayaquil, a todos los oficiales del ejército, es decir: a todos los hombres del continente. Manuela es una mega hembra terrible, devoradora de toda la masculinidad latinoamericana; es, en consecuencia, un enorme vacío, un agujero negro que absorbe todas las energías de los varones de la Patria Grande. De allí la homologación de Manuela con la fuerza de la tierra: en ella se concentra toda la lava y la furia de los volcanes del Ecuador.

La novela presenta una galería de personajes propios de la vulgaridad popular: monjas, lesbianas, clérigos sementales, maridos traicionados, pajes para todo servicio, etc. En este escenario reina, como la gran prostituta nacional, Manuela Sáenz.

Si bien el relato se estructura a través de una cierta linealidad cronológica, el texto acusa estrategias propias de la nueva novela histórica: parodia, carnavalización (hay batallas campales entre monjas y frailes que tienen lugar en los conventos), juego con las citas historiográficas tomadas de Rumazo González y de Boussingault, uso permanente del anacronismo: Manuela como *super star* de la moda o diciendo: «No, never in the life», proliferación y acumulación barroca, manejos experimentales del lenguaje y, por supuesto, desacralización de los héroes nacionales, por ejemplo, San Martín, que es presentado como un eyaculador precoz.

La eficacia estética es bastante delgada, aunque es perceptible en los juegos intertextuales del relato:

Se sentía apesadumbrado, como si una inminencia hosca le cercara, como si el pasado se le quemase en la puerta del horno, como si la resaca de todo lo sufrido se le hubiese empozado en el alma[...] Hay horas así en la vida, se consoló. Las horas de Los heraldos negros que nos manda la muerte. (p. 15)

Es notable cómo en los tres últimos capítulos, justamente en los momentos en que conoce a Bolívar, se produce una aceleración de la anécdota que conduce vertiginosamente a un final trunco, inesperado. Esto evidencia las urgencias de una escritura más atenta a las exigencias del mercado que a la voluntad de producir obras valiosas.

Silenciada por la historiografía apologética de Bolívar, cabe preguntarse si no es preferible este silencio a la estridente conversión de Manuela en la caricatura monstruosa de Denzil Romero.

Resulta sorprendente, en este caso, que la ficción no haya reparado aún en la dimensión política de la Sáenz ni de la lucidez con que percibía, antes que Bolívar, a los enemigos del proyecto continental. La notable visión política y la inalterable defensa de la Patria Grande llevada hasta las últimas consecuencias, se manifiestan con vigor en los propios escritos de Manuela; estos, en sentido inversamente proporcional, serán más radicales e irreductibles, más arduamente defendidos a medida que la unión latinoamericana se suicide en separatismos mezquinos e insensatos. Y, por eso mismo, más dignos de valorar en cuanto gestos que tienen la pasión y la belleza desolada de las causas justas que ya están perdidas, pero que se erigen como un modelo de conjurar la soledad y la intemperie que toda derrota acarrea. Como ejemplo de los anteriormente afirmado transcribiremos algunos segmentos de los escritos considerados políticos en esta comunicación y que pertenecen al género epistolar. En las notas finales se refieren brevemente los contextos en que dichas pronunciaci-ones fueron emitidas.

1828¹

En correo pasado nada dije a usted sobre Cartagena por no hablar a usted de cosas desagradables; ahora lo hago felicitándole porque la cosa no fue como lo deseaban. Esto más ha hecho Santander, no creyendo lo demás bastante; es para que lo fusilemos. Dios quiera que mueran todos estos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez (...) Sería el gran día de Colombia el día que estos viles muriesen (...) Este es el pensamiento más humano: que mueran diez para salvar millones.

Bogotá, a 20 de junio de 1830²

Al público:

A causa de las opiniones de quienes me atacan, me veo obligada a hablar al público, para que mi silencio no haga de mí una criminal [...] Confieso que no soy tolerante [...] pero mi serenidad descansa en la conciencia de lo justo que es la causa de Su Excelencia el Libertador [...] Al autor del artículo de «La Aurora» [...] le contesto con estas palabras: me ha vituperado de la manera más vil; yo lo perdono, pero se me permite una pequeña observación? por qué llaman a los del sus 'hermanos' y a mí extranjera? Los que son como él pueden escribir cualquier cosa. Mi patria es todo el continente americano; nací bajo la línea ecuatorial.

1. Carta de Manuela Sáenz a Bolívar en la que se alude a la sublevación de Padilla, hombre de Santander, en Cartagena
2. Desterrado Bolívar, la vida de Manuela Sáenz en Bogotá se volvió insoportable. Sus detractores la consideraban forastera (era quiteña!) y pedían para ella desde la deportación hasta la guillotina. Por su parte, ella conspiraba para posibilitar el regreso de Bolívar pues no advertía que éste se estaba muriendo.

Guanacas del arroyo³

Dicen que mi casa donde vivo ahora, en la Sabana, es lugar de citas de todos los descontentos. Debo preguntar a mis amigos cuando me visitan si están contentos o descontentos? Santander me atribuye un valor inimaginable, al decir que soy capaz de los más monstruosos engaños. Lo que soy en realidad es un carácter formidable, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos; no tengo nada en común con ese miserable de Santander.

Jamaica, 6 de mayo de 1835⁴

[...] Pero ahora los tiempos son duros. Existe en mis manos su correspondencia íntima con el Libertador y pienso hacer completo uso de ella. Mucho trabajo me costó salvar estos papeles el año 1830, y estos papeles siguen siendo mi propiedad, muy mía [...] Ya sabe las reglas de mi conducta, ya sabe cómo gobierno mi vida, y éste es el camino que seguiré hasta la tumba. *El tiempo me justificará.*

Finalmente podemos concluir diciendo que la figura de Manuela Sáenz, silenciada por los apologistas necesitados de un prócer sin mancha o utilizada por autores ávidos de explotar las riquezas del mito, espera, todavía, una voz que esté a la altura de su historia. ▀

OBRAS CITADAS

- Barthes, Roland, «El discurso de la historia», V.V.A.A., *Estructuralismo y literatura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.
- Benveniste, Emile, *Problemas de lingüística general*, vol. 1, México, Siglo XXI, 1974.
- Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1988.
- Jakobson, Roman, *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975.
- Lozano, Jorge y otros, *El discurso histórico*, Alianza, Madrid, 1987.
- Romero, Denzil, *La esposa del doctor Thornem*, Barcelona, Tusquets, 1988.
- Rosa, Nicolás, *El arte del olvido*, Buenos Aires, Puntosur, 1990.
- Rumazo González, Alfonso, «La Libertadora del Libertador», *Manuela Sáenz*, Buenos Aires, Almendros y Nieto Editores, 1945.

3. Con posterioridad a la muerte de Bolívar (1830) y con el regreso de Santander a Bogotá, Manuela se fue de la capital y se refugió en una quinta en Guanacas del Arroyo. Santander sospechaba que desde allí se conspiraba contra el nuevo gobierno; esta carta se escribe como respuesta a las acusaciones y no sirvió precisamente para apaciguar los ánimos. La consecuencia es el destierro de la Sáenz a Jamaica que se decretó en enero de 1834. La misiva probablemente corresponde a 1833.
4. Carta de Manuela Sáenz al general Flores, presidente de Ecuador, desde el exilio de Jamaica y luego de su encarcelamiento en Cartagena. A través de ella le pide un salvoconducto para regresar a su patria; en el pedido hay tanto súplicas como amenazas.

Von Hagen, Víctor W., *Las cuatro estaciones de Manuela*, Buenos Aires, Sudamericana, 1989.

White, Hayden, *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, 1992.